

Empezamos primer año el 22 de marzo de 1999, y es hoy, después de casi 7 años, la primera vez que nos piden que hablemos. Ese día, el rector dio un discurso que recién ahora podemos contestar. Pareciera que el colegio nos hace un favor dejándonos hablar, ¿no? Bueno, lo vamos a tomar, porque estamos acostumbrados a tomar lo mejor del colegio.

Es verdad que aquí nos enseñaron grandes valores, sobre todo los profesores, los preceptores y nuestros compañeros. Es gracias a ellos que nuestro pasaje por aquí no fue una experiencia vacía. Es por ellos que podemos decir lo que estamos diciendo sin titubear. Porque nos valoraron, porque nos estimularon, porque no olvidaron ni por un segundo que sin alumnos no hay colegio, que el vínculo que fueron capaces de construir con las personas que transitamos los claustros es la base de esta institución, y no el edificio con sus placas y bustos.

El estandarte que ellos nos enseñaron a levantar y defender es el del pensamiento en movimiento, el del pensamiento crítico, el de la autonomía, y no una serie de saberes inconexos de los cuales nos apropiamos como de un valioso capital en sí mismo que nos legan en un gesto de grandeza. Para valorizar los contenidos, es imprescindible nuestra capacidad de darles un sentido. Y en este punto nuestro rol activo es fundamental.

Claro que hay mucho de este colegio que merece cambiar, por ello nos gustaría aprovechar este espacio para incentivar a aquellos que recién ingresaron y a los que aun están en él a que hagan algo para propiciar el cambio: el colegio es ustedes, no la rectoría. Obliguen al colegio a valorar a cada alumno como lo que es y no como un número, a que los desafíe y que los haga desarrollar sus aptitudes. No esperen que las cosas pasen, háganlas pasar.

Como primer paso para reflexionar en torno a esto, los invito a ponernos en situación de primer día de clases: el mismo recinto barroco nos acompaña, y –por supuesto- el mismo rector. Ingresa la bandera de ceremonia y su orgullosísimo portador. El coro entona los "Cantares" de Antonio Machado, poeta ilustre, como todo lo que nos rodea. A continuación, se pide silencio: el rector nos brindará un discurso de bienvenida, cuya

estructura estará signada por la del contrato: derechos y garantías del nouvel estudiante. Por supuesto, ingresar AL colegio no es un detalle menor, ya que en EL colegio, el joven aspirante deberá, en su deseo de adquirir un espíritu cultivado, abandonar su traje de jovencito, sus pantalones cortos, e investirse en un protoprócer ilustrado. La ilustración, queridos amigos, consiste en un proceso trazado por el sudor y las lágrimas, en el cual el profesor, antorcha de la razón, alumbrará el vacío, opaco y oscuro recinto de la mente del a-lumni. ¿Cómo? Instruyéndolo en las cinco declinaciones de la lengua latina, los ciclones y anticiclones, la estructura de la célula, los efectos de sentido propios de la escritura cortazariana, la energía elástica, las reformas agrarias de los hermanos Graco, la producción de arroz en la China, el campo electromagnético, Borges y sus laberintos, las pendientes de los ríos amazónicos, el gaucho y sus boleadoras, la comuna de París, la formación de alcoholes, las Bases de Alberdi, las bases antárticas y los países a los que pertenecen, la guerra de los 100 años, el protoplasma, el círculo de Viena, los números complejos, las formas arquitectónicas de la Mesopotamia, las ondas y sus nodos, la estructura ósea de la pata del cerdo, las crónicas de Garcilazo, las múltiples clasificaciones de los moluscos, Joyce y la epifanía, la disección del calamar, el otium y el negotium.

Mientras el protoprócer es instruido, los estruendos que se escuchan desde la Plaza de Mayo no llegan a despertar al Nacional de Buenos Aires de su sueño dogmático. Este sueño encuentra su soporte en la ausencia de pensamiento crítico, es decir, en la ausencia total de pensamiento, en el marco de esta nobilísima institución. Lo cual es, por supuesto, una clara precondition para que no circulen revistas, para que no circulen ideas, para que el centro de estudiantes sea solamente una bandera guardada en el panóptico claustro central y, sobre todo, para que el número de postulantes al colegio disminuya año a año de manera vertiginosa. Ante este hecho, la rectoría se rasgará sus vestiduras sin entender el por qué. Dirá que la educación está en crisis, que vivimos en una sociedad facilista, que el vulgo es vulgar y no está dispuesto a invertir sus años mozos en una formación honorable. Cuando todos sabemos que la responsabilidad que recae sobre la institución en torno a este fenómeno es indiscutible, porque este colegio ya no significa lo que supo significar. Y si hoy conserva algo de su valor, es debido al trabajo conjunto de docentes y estudiantes. Pero ¿cuánto puede avanzar este esfuerzo compartido si tiene que cargar con un plan de estudios

que no se renueva? ¿Hasta cuándo podrá sostenerse si quienes llevan la carga deben transitar un camino tan adverso?

"Qué extraña escena describes y qué extraños prisioneros. Son iguales a nosotros" Dice Platón, en el Libro séptimo de su República. De la misma manera, hoy podemos decir que mientras la ceguera, la hipoacucia, el autismo, la negación, primen por sobre la mirada crítica de lo existente, el primer obstáculo para la modificación de la realidad estará en nuestros propios cuerpos.

Muchos de quienes estamos aquí, fuimos parte de un colegio histórico; que supo tener un prestigio único que debemos recuperar. Entonces, esperamos con fervor que este discurso no sea una mera despedida, sino un llamado a tomar la palabra, apropiarse de las prácticas, darles un sentido, darSE un sentido.

Muchas gracias.